

**boomerang**

LA TRAYECTORIA CURVA  
DE TU BOCA A LA MÍA

**Noelle August**

[www.megustaleerebooks.com](http://www.megustaleerebooks.com)

# ÍNDICE

Portadilla

Índice

Capítulo uno. Mia

Capítulo dos. Ethan

Capítulo tres. Mia

Capítulo cuatro. Ethan

Capítulo cinco. Mia

Capítulo seis. Ethan

Capítulo siete. Mia

Capítulo ocho. Ethan

Capítulo nueve. Mia

Capítulo diez. Ethan

Capítulo once. Mia

Capítulo doce. Ethan

Capítulo trece. Mia

Capítulo catorce. Ethan

Capítulo quince. Mia

Capítulo dieciséis. Ethan

Capítulo diecisiete. Mia

Capítulo dieciocho. Ethan

Capítulo diecinueve. Mia

Capítulo veinte. Ethan

Capítulo veintiuno. Mia

Capítulo veintidós. Ethan

Capítulo veintitrés. Mia

Capítulo veinticuatro. Ethan

Capítulo veinticinco. Mia  
Capítulo veintiséis. Ethan  
Capítulo veintisiete. Mia  
Capítulo veintiocho. Ethan  
Capítulo veintinueve. Mia  
Capítulo treinta. Ethan  
Capítulo treinta y uno. Mia  
Capítulo treinta y dos. Ethan  
Capítulo treinta y tres. Mia  
Capítulo treinta y cuatro. Ethan  
Capítulo treinta y cinco. Mia  
Capítulo treinta y seis. Ethan  
Capítulo treinta y siete. Mia  
Capítulo treinta y ocho. Ethan  
Capítulo treinta y nueve. Mia  
Capítulo cuarenta. Ethan  
Capítulo cuarenta y uno. Mia  
Capítulo cuarenta y dos. Ethan  
Capítulo cuarenta y tres. Mia  
Capítulo cuarenta y cuatro. Ethan  
Capítulo cuarenta y cinco. Mia  
Capítulo cuarenta y seis. Ethan  
Capítulo cuarenta y siete. Mia  
Capítulo cuarenta y ocho. Ethan  
Capítulo cuarenta y nueve. Mia  
Capítulo cincuenta. Ethan  
Capítulo cincuenta y uno. Mia  
Capítulo cincuenta y dos. Ethan  
Capítulo cincuenta y tres. Mia  
Capítulo cincuenta y cuatro. Ethan  
Capítulo cincuenta y cinco. Mia  
Capítulo cincuenta y seis. Ethan  
Capítulo cincuenta y siete. Mia  
Sobre el autor  
Créditos

## CAPÍTULO UNO MIA

### ¿Alguna vez has tenido un rollo de una noche?

El día más importante de mi vida, me despierto pensando: Jo, ¿dónde está mi ropa interior?

Me lo pregunto porque, casualmente, acabo de abrir los ojos en la cama de un desconocido, uno de esos radiantes rayos de sol característicos de Los Ángeles está ensañándose con mi muslo desnudo y no hay ni rastro de mi ropa interior ni de ninguna otra prenda a mi alrededor.

Qué impropio de mí y, sin embargo, aquí estoy, enredada en unas cálidas sábanas que, lo mires como lo mires, no son las mías.

Vagos recuerdos de la noche anterior se abren paso por mi resacoso cerebro. Recuerdo haberme sentado en el bar Duke después de la entrevista con Adam Blackwood. Todo

mi ser zumbaba de la emoción al pensar que, por fin, mi carrera iba a despegar. Terminaría el documental sobre mi abuela, lo presentaría y, por fin, le diría sayonara a la universidad. Y el contrato en prácticas con una de las empresas de medios más importantes de todo el país supondría el inicio de una verdadera carrera cinematográfica que me ayudaría a encontrarme, a perfilar mi propio estilo en lugar de imitar estilos ajenos como llevo haciendo durante toda la carrera.

Y sí, recuerdo al chico, pero muy vagamente. Hombros anchos, aire tranqui y esa electricidad que chisporrotea entre dos personas cuando la cosa promete. Poco más. No tiene cara. No tiene nombre. E ignoro cómo este... este pequeño milagro que, en mi caso, supone el sexo en vivo y en directo se ha producido.

Por desgracia, el misterio quedará en el aire, porque tengo que marcharme. Mientras me levanto, forcejeo para extraer varios rizos de debajo del hombro —fibroso y bronceado— de mi nuevo amigo. Tengo la cabeza como una licuadora en funcionamiento y tan mal sabor de boca que parece como si algún animal se me hubiera colado entre los dientes mientras dormía para estirar la pata allí dentro.

Desplazo por fin los pies desnudos al frío suelo de cemento y me levanto, haciendo esfuerzos por ahuyentar las náuseas que amenazan con invadirme.

Mil gracias, tequila Patrón Silver.

Rodeo la cama como puedo, con la esperanza de tener la suerte esta vez de encontrar mi ropa interior —o alguna prenda, la que sea— a este lado del mundo. Vale, lo reconozco, y también porque me muero de ganas por echar un vistazo.

Mi curiosidad se ve recompensada, ya lo creo que sí. Aunque el chico tiene la cara espachurrada contra la almohada y el cabello, corto y de color caramelo, completamente apelmazado, está buenísimo. Veo una mandíbula cuadrada, bien contorneada, con una hendidura que ape-

nas se insinúa en la punta de la barbilla, unos labios carnosos y esas pestañas oscuras y onduladas que la naturaleza —injusticias de la vida— suele reservar a los chicos.

Está tendido, tapado tan solo con una esquina de la sábana (culpa mía, por acaparar las mantas) y con los pies prácticamente colgando de la cama. De modo que es alto. Y, aun dormido, se le dibuja en la frente un ceño la mar de interesante, como si estuviera soñando con salvar el mundo. Seguro que tiene una personalidad fascinante. De no ser así, las posibilidades de que yo hubiera despertado en su cama serían nulas.

No veo envoltorios de condón ni el estuche de mi diafragma por ninguna parte, lo que me induce a preguntarme qué pasó exactamente ayer por la noche. No es propio de mí ser imprudente. Así pues, ¿no pasó nada? Lo dudo mucho; no llevo bragas.

Mientras estoy sumida en esas cavilaciones, mis ojos vagan hasta el despertador de la mesilla de noche. Las cifras 8:02 se abren paso entre la bruma de mi mente y la adrenalina inunda hasta la última de mis células.

Las prácticas en Boomerang —mi gran oportunidad de convertirme en algo más que la hija de una famosa fotógrafa, de experimentar el mundo real e inmortalizar a la persona que más quiero en el mundo— comienzan dentro de, exactamente, cincuenta y ocho minutos. Y no tengo ni idea de dónde estoy ni de qué puedo haber hecho con mi puñetera ropa interior.

—Mierda, mierda, mierda.

Echo una rápida ojeada al dormitorio, mesándome el cabello, y deduzco que la ropa debe de estar en alguna otra parte.

Esto promete.

Mientras recorro a toda prisa un exiguo pasillo, veo aquí y allá fotografías y carteles motivadores que muestran águilas surcando el cielo y amaneceres en las montañas. Uno reza: «La vida empieza al final de tu zona de confort». De ser

eso cierto, mi propia vida acaba de empezar en este mismo instante.

Voy a parar a una sala de estar amueblada con el típico sofá destartado de los pisos de soltero, la clásica mesita baja pringosa y una gigantesca pantalla de televisión que impide el paso a los escasos rayos de sol que se cuelan por dos ventanales cubiertos con lienzos a guisa de cortinas. La sala también desprende la clásica peste a piso de soltero: alcohol, sudor y, de propina, una especie de tufillo a comadreja muerta. Hay libros y revistas esparcidos por todas las superficies, además de un ejército de mandos a distancia —una cantidad absurda, a menos que haya un escondrijo subterráneo en alguna parte del apartamento—, un portátil tan viejo que podría pertenecer a Pedro Picapiedra y varias prendas de ropa: una sudadera, unos pantalones cortos de deporte y —¡premio!— mi vestido.

Lo recojo del suelo para inspeccionarlo. A juzgar por lo arrugado que está, debe de haberlo arrollado un camión con remolque. Además, la tela se ha acartonado por algunas zonas y tiene una mancha en forma de V por debajo del escote. Mientras lo sacudo para alisarlo, lamento haber escogido algo tan llamativo para la reunión con Adam Blackwood. Por desgracia, elegí este vestido y hoy volverá a verlo. Solo que ahora tiene tan mal aspecto que parece que me lo hubiera robado un indigente y hubiera tenido que luchar con él para recuperarlo.

Oigo un chirrido de muelles y el ruido de una puerta que se abre, seguido del rumor del agua que corre en la ducha. Vaya, el chico se ha levantado. A lo mejor me puede echar una mano con Misión Imposible: Objetivo ropa interior. Nadie se va a sentir violento, ni un poquitín, qué va.

Tras buscar y rebuscar por la sala de estar, debajo de prendas de ropa, cajas de pizza, estuches de videojuegos y artículos deportivos varios, acabo por encontrar los zapatos, el bolso y, tirado sobre la encimera de la cocina, el sujetador, pero no veo las bragas por ninguna parte.



¿Habrán desaparecido? ¿Se evaporaron tal vez mientras las llevaba puestas? De ser así, bravo por el chico. ¿Evan? No, no se llamaba así. Otro motivo más para maldecirme por ser incapaz de recordar, qué sé yo, un par de minutos de la noche anterior.

El reloj del microondas marca las 8:09. Recojo los zapatos, el sujetador y el vestido y corro de vuelta al dormitorio. Tiro las prendas de cualquier manera sobre la cama, llamo a la puerta del baño y entro sin esperar respuesta. Los remilgos se largaron ayer con viento fresco en algún instante entre mi entrevista con Adam Blackwood y el momento en que decidí desperdigar mi ropa por este salón como se arrojan camisetas en un partido de los Lakers.

—Eh, oye... (¿cómo demonios se llama?), tú —digo en plan cutre—. Esto... no quiero agobiarte, pero es que tengo una prisa horrible. Es mi primer día de trabajo. ¿Te importa que entre para...?

Aparta la cortina de la ducha y asoma la cabeza, lo que me permite atisbar un torso escultural. Sumémosle unos ojitos azules increíblemente tiernos y el agua encharcada en los huecos de las clavículas y, bueno, el conjunto es más de lo que una puede soportar a una hora tan temprana.

Salta a la vista que él experimenta una sensación parecida. Me mira de arriba abajo y luego balbucea algo.

—¿Qué dices? —pregunto al mismo tiempo que me llevo una mano a la boca—. ¿Tengo algo entre los dientes?

Se ríe.

—Que vas en pelotas.

Esbozo una sonrisa mínima.

—Perdona, sí. ¿Te importa?

Entre que estoy acostumbrada a posar para mi madre, que me he pasado desnuda las ocho funciones semanales que abarcaba una producción estival de Hair y que todos mis compañeros de clase acuden a mí cuando necesitan que alguien se baje los pantalones, tengo la sensación de

que llevo media vida con el culo al aire. ¿Me voy a pasar media vida sonrojándome y pidiendo disculpas? No, señor.

Su mirada se desliza por mi cuerpo y una sonrisilla asoma a sus labios, aunque hace loables esfuerzos por mirarme a los ojos cuando responde:

—Ni muchísimo menos. Estás en tu casa.

—Genial.

Me doy media vuelta y lo dejo con su ducha. Tras enjuagar con la mano el vapor del espejo, compruebo mi aspecto, sobre todo el estado de mi melena, que siempre me pone en evidencia. Mis rizos se encrespan en mil direcciones distintas, pero podría ser peor. Comprendo, con una punzada de pesar, que definitivamente no lo hemos hecho, aunque todo parezca indicar que sí.

Tras una noche de sexo —de buen sexo, al menos— mi cabello se vuelve loco. Loco como una explosión nuclear. Ahora mismo, no pasa de un DEFCON 3, lo que implica buenas dosis de magreo pero poco más.

Por lo que parece, la sequía no ha concluido.

Busco un cepillo y me tironeo la melena con él. Luego me aplico una gota de dentífrico en el dedo y me froto los dientes. Tras eso, hago gárgaras con un litro de enjuague bucal y bebo unos cuantos tragos de agua del grifo de mi mano ahuecada.

—Una pregunta idiota, ¿tú no sabrás, por casualidad, qué ha pasado con mis bragas?

El chico cierra el grifo de la ducha y saca un brazo para coger la toalla, que le tiendo por el hueco de la cortina a rayas. La corre a un lado y sale con la tela enrollada a la cintura, lo que acentúa aún más los músculos de su abdomen.

—No estoy seguro —me dice, sonriendo—. Deja que me vista y te ayudo a buscarlas.

De regreso al dormitorio, me pongo el sujetador y el vestido. El hecho de ir sin bragas me provoca una extraña sensación de asimetría.

Sale del baño.

—¿Dónde trabajas? —me pregunta mientras se desliza unos bóxer ajustados por debajo de la toalla antes de deshacerse de ella tirándola al suelo del baño.

De repente, me asalta un recuerdo en el que aparece vestido de traje, y me veo deslizándole los brazos por el interior de la americana para palparle la ancha espalda. Lo veo vestirse mientras intento sacar conclusiones. Parece acostumbrado a la ropa formal, así que la indumentaria debe de guardar relación con su profesión. Por otro lado, en la casa hay un montón de artículos deportivos. Puede que sea entrenador de baloncesto. Siempre van de traje, ¿verdad?

—¿Adónde has dicho que tenías que ir? —insiste, y me doy cuenta de que me he quedado en Babia.

Ruborizándome, respondo:

—A Century City, y llego tardísimo.

Ahora se está abrochando la camisa.

—Yo también —musita, más para sí que para mí—. Pero estamos a solo veinte minutos, si no hay mucho tráfico. Seguro que llegas a tiempo.

Eso significa que debo marcharme ahora mismo.

Me ayuda a buscar por el piso. Levantamos los cojines de las sillas y miramos detrás de las cortinas.

—¿Estás segura de que las llevabas puestas cuando entraste?

—¿Insinúas que vine sin ropa interior?

¿Vine sin ropa interior?

Arranca una corbata del ventilador que hay en el techo de la cocina y, sonriendo, me la tiende.

—Es posible. Mis recuerdos también son algo confusos pero, a juzgar por las pruebas, lo pasamos de miedo.

No tan bien como crees, me siento tentada de decirle, pero ¿por qué meterme en camisas de once varas? Encuentro una goma del pelo en la encimera de la cocina y me sujeto el cabello con un recogido bajo.

Vuelvo a inspeccionar mi vestido y comprendo que ni en broma me puedo presentar en el trabajo con esta pinta.

—Oye, ¿te importaría prestarme una camisa? —le digo—. Para tapar el vestido. Esto... te la devolveré.

Aunque no quiero que me tome por una friki acosadora, bajo ningún concepto puedo aparecer en el trabajo enfundada en un vestido que parece la bayeta de un bar. La situación es tan acuciante que prescindo de todas mis aprensiones en relación a primeras (o segundas) impresiones.

—Sí, claro —asiente, y se dirige a su habitación. Regresa con una camisa azul y me la tiende—. Puede que te quede algo grande.

—Eso parece —contesto, pero me la pongo sobre el vestido de todos modos y me la ato a la cintura con el fin de ocultar lo peor del desastre. Ahora solo voy hecha una facha. Sin embargo, mi jefe pasa mucho tiempo con gente del mundillo cinematográfico, así que no seré la primera tía fachosa que vea en su vida.

El chico recoge unos bóxer a cuadritos negros de una silla de la cocina.

—Yo llevaba estos ayer por la noche, así que nos estamos acercando —mi nerviosismo aumenta a medida que va encontrando sus propias prendas—. Lo siento, Mia —se disculpa después de abrir hasta el último de los armarios y de mirar en todos y cada uno de los rincones del modesto piso. El hecho de que sepa cómo me llamo me provoca una sensación agradable, que desaparece al instante cuando, abochornada, comprendo que yo soy la cafre que no recuerda su nombre. En la cocina, se sirve un vaso de zumo del frigorífico y empuja otro por la barra en dirección a mí—. No las encuentro por ninguna parte.

¿Dónde demonios estarán? Y ¿qué es peor? ¿Llegar tarde el primer día de trabajo o quedar como una exhibicionista? Ay, las decisiones.

Consulto el móvil (8:29) y suspiro.

—Bueno —decido—. Tendré que irme sin ellas.

—Sin bragas —sonríe—. Eso me gusta en una chica.

—Vaya, pues gracias. Si las encuentras, te las puedes quedar de recuerdo.

—Las guardaré como oro en paño. A no ser que sean bragas de abuela. Aunque, si lo fueran, ya las habríamos encontrado.

—Pues claro que no son bragas de abuela. Es...

Se ríe, de espaldas a mí.

—¿De color fucsia? ¿Con mariposas blancas?

—Sí. ¿Cómo lo...?

Se echa a un lado y abre la portezuela de su impecable horno de sobremesa. Allí, hecho una bola sobre la rejilla, está mi tanga.

## CAPÍTULO DOS ETHAN

### **Cuando sales con alguien, ¿prefieres invitar o pagar a medias?**

Durante unos segundos, no puedo alejar de mi mente la imagen del tanga rosa de Mia metido en el horno. Parece que el tiempo se detiene y la visualizo con la prenda puesta y luego sin ella, hasta que la voz del entrenador Williams se cuela en mi dolor de cabeza: «Si vas con el tiempo justo, ya llegas tarde».

La idea me despabila al instante, como lleva haciendo durante los últimos cuatro años. No quiero ni imaginar lo que el entrenador Williams pensaría de mí ahora mismo: a punto de llegar tarde a las prácticas que, en teoría, me van a cambiar la vida, y con una resaca tan galopante que aún debo de estar medio bolinga.

Salgo de la cocina para dirigirme a la sala de estar. La chica junto a la cual me he despertado —Mia— rebusca en el bolso con la cadera ladeada, así que me concedo un momento para disfrutar de las vistas.

Jo, qué buena está. Me propino unas palmaditas mentales en la espalda.

—¿Me das tu dirección? —me pregunta al tiempo que saca un móvil—. Tengo que llamar a un taxi.

Una imagen de la noche anterior cruza mi mente. Cuando salimos del bar, nos metimos en el primer taxi que pasó. Teníamos demasiadas ganas de estar solos como para esperar a que Jason e Isis nos llevaran. Ahora bien, ¿por qué demonios vinimos aquí en lugar de ir a su casa? Mi piso es zona de riesgo de contaminación biológica.

—Avenida Creston, número 44 —le digo. Apartando calcetines y espinilleras, me siento en el maltrecho sofá y me calzo los zapatos Oxford—. En Westwood.

Mia hace la llamada y habla rápidamente con la operadora, pero tengo la sensación de que sus prisas no se deben solo al hecho de que llega tarde. Su voz posee un timbre grave y rico, como si hablara a menudo y se riera mucho. Es pequeñita. No medirá más de metro sesenta, aunque los zapatos de tacón que se está calzando le suman otros diez centímetros. Mi camisa se le ahueca cuando se inclina hacia delante, lo que me permite atisbar sus tetas perfectas.

—¿Cinco minutos? —pregunta Mia—. Gracias.

Corta la llamada y me devuelve la atención. Tiene los ojos verdes, pero no de ese marrón verdoso que la gente intenta hacer pasar por tal. Los ojos de Mia son claros y brillantes.

—¿Todo arreglado? —me levanto.

—Sí, todo arreglado —Mia devuelve el móvil al bolso y se recoge un rizo negro detrás de la oreja. Da un vistazo rápido a mi cuerpo y luego desvía la mirada hacia la puerta—. Bueno, pues... ¿gracias por el zumo?